

dero Dios , en su favor trataremos con mas extension.

CAPÍTULO X.

De la libertad con que Séneca reprehendió la Teología civil , con mas rigor que Varron la fabulosa.

Pero la libertad que faltó á Varron para reprehender á cara descubierta, y con desahogo como á la otra, esta Teología urbana tan parecida á la teátrica, no faltó, aunque no del todo, pero sí en alguna parte, á Anneo Séneca ⁵⁴, que por varios indicios sabemos floreció en tiempo de nuestros Santos Apóstoles ⁵⁵, porque la tuvo en la pluma aunque le faltó en la vida; y así en el libro ⁵⁶ que escribió contra las supersticiones, mas abundantemente y con mayor vehemencia reprehende esta Teología civil y urbana, que Varron la teátrica y fabulosa; pues tratando de los simulacros: "Dedican (dice) á los Dioses

„sagrados, inmortales é inviolables en materia, „teria vilísima é inmovil, vistiéndolos de „formas propias de hombres, fieras y peces, y á algunos los hacen de ámbos sexos y de diferentes cuerpos, llamándolos Dioses, los quales si tomaran espíritu y vida, y de improviso los encontrarán, los tuvieran por monstruos". Después un poco mas abaxo, habiendo referido los dictámenes de algunos Filósofos, y celebrando la Teología natural, se opuso á sí mismo una duda, y dice: "Aquí „dirá alguno, ¿he de creer yo que el cielo y la tierra son Dioses, y que hay „unos sobre la luna y debaxo otros? ¿He „de sufrir yo á Platon ⁵⁷ ó al Peripatético „Estraton ⁵⁸, que el uno hizo á Dios sin „cuerpo, y el otro sin alma?" Y respondiendo á este argumento dice: "¿Te parecen mas verdaderos los sueños de Tiro Tacio, ó los de Rómulo, ó los de Tulio Hostilio ⁵⁹? Tito Tacio dedicó á la Diessa Cloacina, Rómulo á Pico Tiberino,

„Hostilio al Pavor y al Palor ó amarillez,
 „afectos pestilenciales del hombre, de los
 „quales el uno es un movimiento ó alte-
 „racion del ánimo espantado y despavori-
 „do, y el otro del cuerpo, y aun no es
 „enfermedad, sino color; ¿y has de creer
 „que estos son Dioses, canonizándolos y
 „colocándolos en el Cielo? De los mis-
 „mos ritos atroces y torpes ¿acaso no es-
 „cribió tambien con la mayor libertad?”
 El uno, dice, se corta las partes que tie-
 ne de hombre, y el otro los morcillos de
 los brazos: ¿cómo ó cuándo temen á los
 Dioses airados los que así grangean y los
 lisonjean propicios? Parece que por nin-
 gun motivo se deben reverenciar los Dio-
 ses, si es que igualmente quieren se les
 tribute este honor. Tan grande es el furor
 y desvarío de un juicio perturbado, y sa-
 cado de sus quicios, que piensan aplacar
 á los Dioses con sacrificios tales, que ni
 aun los hombres mas bárbaros, traídos
 por argumento de fábulas y tragedias crue-

les, se muestran mas inhumanos y atro-
 ces que ellos. Los tiranos ⁶⁰ aunque hicié-
 ron pedazos los miembros de algunos, sin
 embargo á nadie mandaron que se los des-
 pedazase á sí propio. Á algunos han cas-
 trado por contemplar ó contemporizarse
 con el apetito sensual de algunos Prínci-
 pes ⁶¹; mas ninguno puso en sí mismo las
 manos por mandato de algun Señor para
 dexar de ser hombres. Á sí propios se des-
 pedazan en los templos, y bañados en su
 propia sangre y mortales heridas, implo-
 ran el favor de sus mentidas Deidades: si
 alguno tiene lugar de ver lo que hacen y
 lo que padecen, advertirá acciones tan in-
 decentes é impropias de los honestos ⁶², tan
 indignas de los libertinos, tan desemejan-
 tes y contrarias á las de los cuerdos y sen-
 satos, que no dudaria decir que están de-
 mentes y furiosos si fueran ménos en nú-
 mero; pero ahora la numerosa multitud de
 fanáticos, que corren alucinados por todas
 partes sirve para que los defiendan y ten-

gan por juiciosos : pues lo que insinúa que pasa en el mismo Capitolio , y lo que sin miedo alguno reprehende acremente, ¿quién creerá que lo executan , sino personas que escarnecen de ello ó que están furiosas? Y así habiéndose reido porque en las funciones sagradas de los Egipcios lloraban el haber perdido á Osiris ⁶³, y luego inmediatamente manifestaban particular alegría de haberle hallado , viendo que el perderle y el hallarle era fingido ; aunque el dolor y alegría de los que nada perdiéron y nada halláron , realmente le representaban : “Con todo (dice) esta locura y furor
 „tiene su tiempo limitado ; es tolerable
 „volverse locos una vez en el año. Vine
 „al Capitolio ; vergüenza causará el descubrir la demencia que el desatino, y un
 „furor ridículo y propio de entusiastas ha
 „tomado por oficio : uno hace como que
 „rinde y sujeta los Dioses á Dios , otro
 „se ocupa en avisar á Júpiter las horas,
 „otro se muestra que es lictor , otro un-

„tador , que con un irrisible menear de
 „brazos contrahace al que unta. Hay algunas mugeres que fingen están aderezando los cabellos á Juno y á Minerva,
 „y estando no solo léjos del simulacro sino del templo , mueven sus dedos como quien está componiendo y tocando á otra.
 „Hay otras que tienen el espejo, otras que llaman á los Dioses para que les favorezcan en sus pleytos. ⁶⁴ Hay quien les ofrece memoriales y les informa de su causa : un excelente Archi-mimo ⁶⁵, autor de los Representantes, anciano ya de crépito , cada día iba á recitar al Capitolio , como si los Dioses oyeran de buena gana al que los hombres habian ya dexado. Allí vereis ociosos todo género de oficiales, asistiendo al servicio de los Dioses inmortales.” Y poco despues dice : “Estos aunque ofrecen á Dios un misterio superfluo y excusado, sin embargo no es torpe ni infame : hay algunas mugeres que están sentadas en el Capi-

„tolio, persuadidas de que Júpiter está
 „enamorado de ellas, sin tener respeto ni
 „miedo á Juno ⁶⁶, no obstante de ser (si
 „quisiereis creer á los Poetas) una Diosa
 „colérica é iracunda.” Esta libertad no la
 tuvo Varron; solo se atrevió á reprehen-
 der la Teología poética, sin meterse con
 la civil, á la que este desautorizó con ner-
 vio y eficacia. Con todo, si atendiéramos
 á la verdad, peores son los templos don-
 de se executan estas abominaciones, que
 los teatros á donde se fingen. Y así en
 orden á los sacramentos de la Teología
 civil, aconseja Séneca al sabio “que no
 „los conserve religiosamente en el cora-
 „zon, sino que los finja en las obras;
 „porque dice: todo lo qual guardará el
 „sabio como las sanciones establecidas por
 „la ley; pero no como agradables á los
 „Dioses.” Y poco despues añade: “Pues
 „que hacemos tambien casamientos con
 „los Dioses, y aun esto no es piadosa y
 „legítimamente, por quanto casamos á her-

„manos con hermanas. Á Belona ⁶⁷ casa-
 „mos con Marte, á Venus con Vulcano,
 „á Salacia con Neptuno; aunque á algunos
 „los dexamos solteros, como si les hubie-
 „ra faltado con quien ó la condicion ⁶⁸,
 „principalmente habiendo algunas viudas,
 „como Populonia ó Fulgora, y la Diosa
 „Rumina, á quienes no me espanto no
 „hubiese quien las pidiese. Toda esta tur-
 „ba plebeya de Dioses, la qual por lar-
 „go tiempo la coacervó y amontonó una
 „dilatada y sucesiva supersticion, la ado-
 „ramos, dice, en tales términos que pare-
 „ce que su culto y veneracion pertenece
 „mas al uso ya adaptado.” ¿Qué hace al
 caso segun esto? ni aquellas sus leyes ci-
 viles, ni el uso y la costumbre instituyé-
 ron en la Teología civil cosa que fuese
 agradable á los Dioses, ó fuese de im-
 portancia; pero este, á quien los Filó-
 sofos sus maestros hicieron quasi libre ⁶⁹,
 como que era ilustre Senador del Pueblo
 Romano ⁷⁰, reverenciaba lo que reprehen-

dia, practicaba lo que condenaba, lo que culpaba adoraba; y en efecto la Filosofía le habia enseñado adecuadas máximas para que no fuese supersticioso en el mundo; mas él por el amor y respeto á las leyes civiles y por el uso y costumbre inveterada de las naciones, aunque no executase lo que el Escénico finge en el teatro, sin embargo le imitaba en el templo, que es tanto peor y mas reprehensible; pues lo que hacia por ficcion, lo hacia de modo que el pueblo pensaba lo hacia de veras⁷² y el Escénico de burlas; y fingiendo, ántes deleytaba que engañaba.

CAPÍTULO XI.

Lo que sintió Séneca de los Judios.

Séneca⁷² entre otras supersticiones relativas á la Teología civil, reprehende igualmente los sacramentos de los Judios, con especialidad la solemnidad del Sábado⁷³, diciendo que la celebran inútilmente; por-

que en los días que interponen cada siete días, estando ociosos, pierden casi la séptima parte de su vida, y se malbaratan muchas cosas, dexándolas de hacer al tiempo que debieran: pero no se atrevió á hacer mencion de los Christianos; que ya entónces eran aborrecidos de los Judios, ni en bien ni en mal, ó por no alabarlos quebrantando la antigua costumbre de su patria, ó por no reprehenderlos quizás contra su propia voluntad⁷⁴; pero hablando de los Judios dice: "Y con todo eso
„han cundido y prevalecido tanto las costumbres y método de vivir de esta malvada nacion, que están ya recibidas por todas las provincias de la tierra, y siendo ellos los vencidos, han dado leyes á los vencedores": admirábase diciendo esto, y no sabia lo que Dios obraba: al fin puso su parecer, significando lo que sentia acerca de aquellos sacramentos, y dice así: "Con todo, ellos saben y entienden las causas en que se fundan sus ritos y ce-

„remonias, y la mayor parte del pueblo „hace lo que ignora porque lo hace”: pero sobre los sacramentos de los Judios las causas por que fuéron instituidos por la autoridad divina, la manera que se observó en su establecimiento, y como despues por la misma autoridad en el tiempo en que convino se los abrogáron y quitáron al pueblo de Dios, á quien fué servido revelar el misterio de la vida eterna, ya en otra parte lo hemos expuesto, principalmente quando disputamos contra los Maniqueos ⁷⁵, y en estos libros lo manifestaremos tambien en lugar mas oportuno.

CAPÍTULO XII.

Que descubierta la vanidad de los Dioses de los Gentiles, es sin duda que no pueden ellos dar á ninguno la vida eterna; pues que no importan tampoco para el ayuda de esta vida temporal.

Mas ahora acerca de estas tres Teologías, que los Griegos llaman mítica, física y política, y en idioma latino pueden llamarse fabulosa, natural y civil: de esta hemos demostrado que no se debe esperar la vida eterna; tampoco de la fabulosa, á la qual aun los mismos que adoran muchos y falsos Dioses, con bastante libertad reprehenden; y ménos de la civil, cuya parte principal se convence ser la fabulosa, descubriéndose que es muy semejante á ella y aun peor: pero si no pareciese suficiente á los incrédulos lo que hemos referido en este libro, añadido tambien lo que hemos dicho copiosamente en

los precedentes, y especialmente en el IV. hablando de Dios, dador y dispensador de la felicidad: porque ¿á quién debieran consagrarse los hombres por amor de la vida eterna, sino solo á la felicidad si esta fuera Diosa? Y supuesto que no lo es, sino un don de Dios, ¿á qué Dios sino al dador de la felicidad nos hemos de consagrar los que con piadosa caridad amamos y deseamos la vida eterna, donde se halla la verdadera y completa felicidad? Que ninguno de los Dioses que con tanta torpeza se reverencian, y que si no los adoran mas torpemente se enojan, aunque se confiesan ellos mismos por espíritus inmundos; que ninguno de estos, digo, sea dador de la felicidad, creo que por lo que llevamos relacionado ninguno tiene que dudar; y el que no da la felicidad, ¿cómo podrá dar la vida eterna? ¿quál es la causa por que llamamos vida eterna aquella donde hay felicidad sin fin? Pues si el alma vive en las eternas, don-

de tambien los espíritus malignos han de ser atormentados, mejor debe ser llamada aquella muerte eterna, que vida; porque no hay muerte mayor, ni mas temible que aquella donde no muere la muerte: pero como la naturaleza del alma que fué criada inmortal, no puede existir sin alguna vida, qualquiera que sea, su muerte mas infausta es hallarse agena, y privada de la vida de Dios en la eternidad del tormento: de cuya doctrina se infiere que la vida eterna, esto es, la feliz y bienaventurada sin fin, solo la da el que da la verdadera felicidad: la qual por quanto está demostrado que no la pueden dar los Dioses que reverencia esta Teología civil, por lo mismo no solo no se les debe venerar por el interes de las cosas temporales y terrenas, segun lo manifestamos en los cinco libros anteriores, pero mucho ménos por la vida eterna que esperamos despues de la muerte; lo qual hemos probado en este solo libro, aprove-

chándonos tambien de las máximas establecidas en los precedentes: y por quanto suele estar demasiado arraigada la malicia de una envejecida costumbre, si á alguno le pareiere que hemos dicho poco en razon de condenar y desterrar esta Teología civil, atienda con diligencia á lo que con el favor de Dios exploraremos en el libro siguiente.

NOTAS

DEL TRADUCTOR.

El culto con que confesamos sinceramente los Católicos la omnipotencia, grandeza y excelencia de Dios, se llama comunmente entre los Teólogos adoracion ó culto de latría, el qual es propio y peculiar del Ser supremo. Es constante que este vocablo [latría de que usamos es ambiguo, pues comprehende y significa igualmente aquel obsequio hecho algunas veces á los hombres; pero sin embargo son inoportunas, temerarias y necias las pueriles disputas puramente gramaticales, que sobre la varia significacion é inteligencia de esta voz suelen excitar ciertos Hereges modernos, mediante á que el supremo culto debido á Dios no se toma de la material significacion del expresado vocablo, sino de la infinita grandeza y magestad del Señor; y sea la que quiera la equivocacion de esta voz generalmente usada, la deshace y destruye la soberanía del Criador; de suerte que el culto debido á Dios, aunque expresado con una misma palabra, se distingue muy bien de qualquier otro culto dado á los hombres, en virtud de la naturaleza infinita del Señor: de todo lo qual resulta, que son solamente juguetes de palabras y lisonjeros, pero fútiles racionios, las expresiones decantadas de los Hereges, quando objetan á los Católicos